

2018

Humanismos y educación. La utopía educativa de los humanismos

Hno. Lorenzo Tébar Belmonte, FSC
Universidad de La Salle, Bogotá, ltebar@lasalle.edu.es

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Tébar Belmonte, FSC, H. (2018). Humanismos y educación. La utopía educativa de los humanismos. *Revista de la Universidad de La Salle*, (76), 29-48.

This Artículo is brought to you for free and open access by Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Humanismos y educación.

La utopía educativa
de los humanismos



Hermano Lorenzo Tébar Belmonte, FSC*

■ Resumen

Si la misión de la educación es construir una sociedad más humana, necesitamos definir hoy la evolución de los humanismos a lo largo de la historia, para afianzar el paradigma humanista de la universidad del siglo XXI. En el camino hacia esa meta, la función del educador cristiano, como líder, es de suma trascendencia, conforme lo recogemos en el pensamiento del Vaticano II (GS, 31) y orientando su labor en la construcción de la mente de los jóvenes; pero, en especial, por su testimonio de autenticidad y de valores humanos. Le corresponde también al educador la función crítica, profética, desde su profesionalidad y la calidad de su desempeño docente, con la honda convicción de que humanizar es evangelizar. Sin las bases humanistas construiremos un mundo vacío y una efímera paz. Sigue viva la utopía del humanismo, ahora con el transhumanismo (Ferry) de una vida sana, feliz, sin límites. La educación tiene la urgencia de la formación del maestro; sin su imprescindible

* Psicólogo y doctor en Ciencias de la Educación. Profesor del Centro de Estudios Universitarios La Salle, Universidad Autónoma de Madrid, España. Actualmente, colabora en la actualización de la formación de los docentes de la Universidad de La Salle y del Distrito Lasallista de Bogotá. Correo electrónico: ltebar@lasalle.es, ltebar@lasalle.edu.co

altura profesional, en ciencia y arte, el humanismo no podrá afianzarse en las aulas y llegar a su pujanza plena.

Palabras clave: utopía, paradigma, educación, humanismos, educadores, formación.

*No es verdad que el hombre,
aunque parezca decirlo algunas veces,
no pueda organizar la tierra sin Dios;
lo cierto es que sin Dios no puede,
a fin de cuentas, más que organizarla
contra el hombre.*

Henri de Lubac, *El drama del ateo*

Al revisar ideas y creencias sobre el humanismo, viene a la mente el sabio consejo del gran filósofo-humanista del siglo XX, Karl Popper, que resume su propuesta metodológica de falsación de las hipótesis, con la actitud humilde de sabio o investigador. Sin duda, con nuestro diálogo no vamos a cambiar el rumbo de la humanidad ni vamos a encontrar la panacea para orientar nuestra sociedad, aparentemente desbocada y sin brújula. Desde este punto de partida, me atrevo a ofreceros algunas ideas, a la espera de poderlas reforzar o aliviar con las vuestras, que seguro serán más sabias y acrisoladas.

Clarificación de conceptos: *utopía, paradigma, educación y humanismos*

Si la educación ha constituido el oficio y la misión de mi vida, y en estos momentos con dimensiones más amplias, dentro de todo el espacio europeo, en el próximo Oriente y en Latinoamérica y el Caribe, sintonizo con la proyección de toda educación y pedagogía con acentos humanistas, pues hoy muchos buscamos y anhelamos llegar a definir el paradigma inspirador de una “pedagogía con rostro humano”, siguiendo el magisterio de mi venerado maestro el profesor Reuven Feuerstein. Las ciencias humanas nos pueden ayudar hoy a buscar una síntesis actualizada de uno de los conceptos más

complejos y más integradores de la cultura y del entramado de las interacciones educativas. Solo un acercamiento a la filosofía nos garantiza un mayor espíritu crítico autónomo, un método de pensamiento riguroso, destreza en la reflexión y el razonamiento, cuestionamiento sobre lo trascendente y asombro a las puertas de la sabiduría. Filosofar no solo es “aprender a morir”, afirma el adagio de Montaigne, sino que también nos ayuda a descubrir los fundamentos éticos para guiarnos en la vida buena, liberarnos de los miedos que nos aterran y no errar en el camino de la felicidad. Podríamos resumir a tres las dimensiones de la filosofía: la inteligencia de lo que es el mundo (teoría), la sed de justicia (ética) y la búsqueda de salvación (sabiduría).

Pero dediquemos unos instantes a clarificar esta constelación de conceptos clave: atendiendo a la etimología, lo humano es anterior a la educación, pero desde la óptica social educar precede al humanismo, como la acción humanizadora, por excelencia, que debe aflorar todas las dimensiones del ser humano.

Las utopías representan los ideales, las metas últimas de una teleología inalcanzable. Freud sentenció sobre la imposibilidad de tres profesiones fundamentales en la sociedad: sanar, gobernar y educar. La realidad nos muestra el cumplimiento de una intuición, más que una profecía, debido, sin duda, a la complejidad y a la imposibilidad de controlar variables imprevistas en los seres humanos, destinatarios y actores fundamentales de esas tres profesiones. Cada día constatamos que el tipo de educando que queremos formar, el alumno ideal, se nos escapa de las manos, nunca llegamos a la cima, pues la tarea paciente se desmorona o se diluye ante los factores incontrolables que nos obligan a remar contracorriente. No se trata de una tarea de un sabio preceptor, sino la coordinación de un equipo de profesionales asociados a un ideario, proyecto educativo, con indicadores imposibles de evaluar. Construir mentes y transformar la sociedad seguirán siendo utopías, por más esfuerzos que los humanos invirtamos en su logro.

Los paradigmas reclaman hoy su estatus científico. Desde que Thomas Kuhn acuñó “las estructuras de las revoluciones científicas”, seguimos considerándolos como “un conjunto de conceptos fundamentales o categorías maestras

de inteligibilidad, con un tipo de relaciones lógicas de atracción/repulsión entre conceptos y categorías” (Morin, 2004, p. 236). Los individuos conocen, piensan y actúan según los paradigmas inscritos culturalmente en ellos. Los paradigmas tienen una dimensión semántica, lógica e ideológica que orienta, gobierna y controla la organización de los razonamientos de los individuos y de los sistemas; además, se superponen, se enriquecen, e integran así los hallazgos científicos, los avances e innovaciones que responden a nuevas exigencias o necesidades de la sociedad.

Educación es palabra “talisman”, que el equipo europeo de Jacques Delors calificó de “tesoro escondido” y que resume la más noble de las acciones humanas, generadora de las dimensiones del ser, tras la biológica. Educación se funda en el trípode esencial entre antropología, teleología y psicopedagogía, atendiendo a los esenciales elementos fundantes: sujeto, fines y medios. Pero será bueno dejar constancia de las definiciones más nobles que encontramos hoy y que apuntan a la centralidad del ser humano y a su propósito de hacer que surja la persona en su plenitud, con todas las potencialidades que forjarán su identidad. Educación es la aventura interminable en busca de la verdad. “Educación es ante todo un viaje interior” (Delors, 1996, p. 108). Aquí empezamos a percibir resonancias de construcción, de mundo abstracto, simbólico y transformador en lo hondo de cada ser. Educación es un proyecto antropológico, que centra su misión en construir la persona y darle su pleno crecimiento y desarrollo; es también un camino interminable, imposible de encerrar en estadísticas; es siembra que producirá frutos en un futuro imprevisible. Los programas de la universidad deben estar todos orientados al servicio de la persona, a conseguir éxito educativo para todos, sin excusas y sin escatimar medios. Necesitamos una universidad que dé todas las oportunidades y que propicie experiencias y vivencias positivas que permitan crecer en cada etapa evolutiva.

El humanismo es un idealismo clásico de perfección y de saber enciclopédico. Lo vemos aparecer en la segunda mitad del siglo XIV, de la mano del poliédrico desarrollo cultural y social del Renacimiento italiano. Tiene un componente ideal educativo —educación del príncipe (Maquiavelo)—, tanto por los contenidos como por los criterios formativos, que abarcan todo el ser humano,

incluso proyectando su utilización en los avatares de la vida pública. La *Ratio Studiorum* jesuítica contribuyó fuertemente a dar forma a su método educativo, aunque asociamos nombres eminentes a su expansión: Erasmo, Nebrija, Vives, Melanchton, entre otros. El humanismo no es solo una teoría sobre el hombre, sino algo más amplio y estructurado:

Es un programa cultural que decide la suerte del hombre y el sentido de su vida, comprendiendo el destino del mundo. Los humanismos se suceden y completan unos a otros de manera ininterrumpida, con el sello de los signos de los tiempos. Baste pensar en la literatura, la política y los mass media, ejemplo de tres poderes que influyen para modelar la estructura mental y espiritual de los hombres. (Poupard, 1997, p. 74)

Si una de las peculiaridades del humanismo es la intelectualidad, esta, como observa Guitton (2001) “no debería separarse de la espiritualidad” (p. 15). Esta última expresa el misterio del crecimiento de la verdad y el sentido en las mentes y los corazones. Es una espiritualidad que expresa un carisma y el valor trascendente de la educación, plasmada en el amor compasivo del educador —buen pastor o del samaritano—, que acoge con ternura al educando, pero que se proyecta a una doble finalidad: realizar la obra de Dios y ser instrumento de salvación para cada educando. La Salle va más lejos, al identificar la misión del educador cristiano como un ministerio eclesial.

La conciencia humana cambia a lo largo del tiempo, y deja los matices que destacan en cada época: los mitos, las leyes, la cultura, la religión, la revolución industrial, la razón, el laicismo, la biosfera, la ecología, la revolución informática, el liberalismo económico, etc. El informe de la Unesco, *Aprender a ser* (1972), manifestaba en su preámbulo el temor de una deshumanización del mundo, vinculada a la evolución tecnológica, y por eso insta a preparar a las nuevas generaciones para este reto:

Más que nunca, la función esencial de la educación es conferir a todos los seres humanos la libertad de pensamiento, de juicio, de sentimientos y de imaginación que necesitan para que sus talentos alcancen la plenitud y seguir siendo artífices, en

la medida de lo posible de su destino. El siglo XXI necesitará muy diversos talentos esenciales en toda civilización. Por ello, habrá que ofrecer a los niños y jóvenes todas las oportunidades posibles de descubrimiento y experimentación —estética, artística, deportiva, científica, cultural y social— [...]. (Faure, Herrera, Kaddoura, Lopes et al., 1973, p. 106)

Los constantes descubrimientos de la ciencia subrayan la importancia de los hallazgos para una nueva visión de la humanidad. Rifkin (2011) afirma que “somos una especie empática y que estamos conectados con la biosfera, como lo estamos en la blogosfera, teniendo esto una enorme significación de cara a la reconsideración de la misión misma de la educación” (p. 322). Los hallazgos de la neurociencia sobre la autoplaticidad del cerebro, frente al localizacionismo mantenido por la fisiología tradicional, revolucionan toda la ciencia médica y terapéutica, y con ello la comprensión de las enfermedades humanas y la intervención posible (traumas, autismo, ceguera, sordera, dislexia, etc.) (Doidge, 2008, p. 107).

Podría continuar en esta línea de pensamiento descubriéndoles mi gozoso hallazgo en el estudio de los pensadores actuales y su búsqueda a tientas de la respuesta a una “vida buena”, de inspiración clásica. Citaré el esfuerzo del filósofo francés Luc Ferry, que tras dos años en el Ministerio de la Instrucción Pública se dedicó a acercar su visión filosófica a los jóvenes. Su trilogía *Aprender a vivir. Filosofía para mentes jóvenes* (mitos, filosofía, ética laica) plasma la pasión buscadora de la verdad, las respuestas a las preguntas más inquietantes y las aventuras de los pensadores a lo largo de la historia, y de esta manera construye pensamiento depurado y clarificador. El filósofo honesto y sincero, que debate con cardenales franceses (Lustiger, Barbarin...) o con su colega André Comte Sponville, agnóstico declarado, no se recata en desvelar su posicionamiento personal:

No soy creyente, pero siempre he afirmado que de todos los libros, si tuviera que elegir uno para llevármelo a una isla desierta, este sería el Evangelio de Juan, sin duda alguna. La única cosa que me falta es la fe. (Ferry y Jerphagnon, 2009, p. 110)

Y entre los debates iluminadores de sabios humanistas, no puedo dejar de aludir al mantenido por el filósofo-hermeneuta Paul Ricoeur y el investigador-neurofisiólogo Jean-Pierre Changeux, que deja testimonio de un profundo saber complementario, conjugando razón y fe, ciencia y religión, desde puntos de vista diversos, pero con la riqueza del humanista sincero actual, que busca respuestas al misterio y a la parte de la verdad de los demás. La humanización auténtica no llegará por el dominio de unos sobre otros, sino por el amor con el que nos relacionemos como hermanos.

La psicología humanista pretendió, de la mano de Carl Rogers, responder a la plena autorrealización del sujeto-cliente para que, a través de un clima cálido, emerja una persona dispuesta al cambio positivo. Pero le faltó indicarnos hacia dónde se orienta ese cambio, pues, como ya señaló Julián Marías, “nuestro verdadero problema es biográfico, no biológico ni psicológico”. Mi biografía está por escribirse y constituye mi tarea impostergable. Ese es el gran reto humano, en el que tanto influirá la buena educación.

¿Cuál ha sido la función de los humanismos?

Tal vez el mejor camino para responder a las dificultades y a los fracasos de los humanismos podría ser conocer las causas que provocaron sus dramas y sus crisis o desaparición en la historia. Muestra excepcional de esta investigación es la obra de Henri de Lubac (1998), titulada *Le drame de l'humanisme athée*, la cual revisa el choque e impacto de “los filósofos de la sospecha” y analiza la lucha que despertaron en la construcción de los humanismos ateos. Esta podría ser la síntesis de su pensamiento:

La convicción de Feuerbach y de Marx, como también la de Comte y de Nietzsche, era que la fe en Dios desaparecería para siempre. Este sol caería sobre nuestro horizonte para jamás levantarse. Su ateísmo se creía y se quería definitivo, teniendo esta ventaja sobre los ateísmos antiguos, eliminando el problema que había hecho nacer a Dios en la conciencia [...] Sin embargo, ¡el sol no ha terminado de levantarse! Marx todavía no había muerto, Nietzsche no había escrito todavía sus más incendiarios libros, cuando otro hombre, Dostoievski, genio inquietante también,

pero más verdaderamente profeta, anunciaba, con fulgurantes términos, la victoria de Dios en el alma humana, su eterna resurrección.

No podemos afirmar que la formación humanista sea presagio de todo bien, a la vista del papel nefasto que ciertos personajes han jugado en la historia —nazismo, dictaduras...— que muestra la cara oscura de la inteligencia humana:

He tratado de mostrar en todos mis trabajos —afirma G. Steiner— el fracaso de la cultura humanista ante el horror de nuestro siglo. No solamente no ha impedido la barbarie, sino que a menudo ha colaborado con ella. Entre los valores morales humanos, los valores de compasión y de libertad, el genio de la palabra, hay alguna cosa, como diría Nietzsche, más allá del Bien y del Mal. Es terrorífica esta trascendencia de toda ética en el genio poético. Un buen maestro de la palabra puede ser infernal, demoníaco, un fascista, un racista, etc. Hay que poner atención a esto, ya que la gran elocuencia, el pathos, tiene una fuerza destructiva formidable. (Steiner, 2003, p. 90)

Luc Ferry propone tres elementos de reflexión sobre el modo como el humanismo no metafísico —como forma de cristianismo secularizado— podría retomar hoy el antiguo problema de la sabiduría: la exigencia de un pensamiento ampliado, la sabiduría del amor y la experiencia de duelo. “Solo el amor confiere su valor y su sentido a este proceso de ampliación que puede y debe guiar a la experiencia humana” (2007, p. 300). Tal vez sea el duelo el término más inesperado, incluso para los que han oído que “el amor es más fuerte que la muerte”. Ferry lo explica por sus manifestaciones de compasión, apego y esperanza, y resulta entrañable escuchar a este agnóstico expresar anhelos:

Encuentro infinitamente más tentadoras las soluciones cristianas, salvo por el pequeño detalle de que no me las creo. Pero si lo que afirman fuera cierto, recurriría gustoso a ellas. Me acuerdo de mi amigo François Furet, uno de los mejores historiadores franceses, por el que sentía gran afecto. Un día le invitó a la televisión Bernard Pivot, que siempre cerraba su emisión con el famoso cuestionario de Proust, con una decena de preguntas a las que había que contestar brevemente. La última era qué nos gustaría que dijera Dios, si un día nos lo encontráramos.

François, que no podía ser más ateo de lo que era, respondió sin dudar, igual que lo hiciera el primero de los cristianos: "¡Entra, corre, tus seres queridos te esperan!". Yo habría dicho lo mismo que él y, al igual que él, ya no soy creyente. (2007, p. 307)

Filosofar es amar la sabiduría, es preferir la lucidez al confort, la libertad a la fe. Para muchos filósofos es buscar la salvación sin Dios (Ferry, 2007 p. 33). Ser sabio supone tan solo vivir sabiamente, feliz y libre en la medida de lo posible, tras vencer, por fin, los miedos que la finitud despierta en nosotros (p. 37).

Los desafíos de una educación humanizadora y humanista

Varias apuestas políticas actuales apuntan a la "refundación de la universidad". Aunque los políticos, más que mirar a lo nuclear y esencial de la educación, parecen mirar a las estrellas en busca de soluciones imposibles, reconociendo que educar hoy es nadar contracorriente, es pretender el imposible que profetizó Freud, es poner remedio a la dejación de una labor que, como pocas, exige una preparación y vocación especiales.

Somos testigos de las contundentes y palmarias realidades: que no habrá buena medicina sin buenos médicos, ni buena justicia sin rectos jueces, ni buena educación sin profesionales y vocacionados docentes-educadores. Pero la tarea hoy, ante un tropel tan variopinto de competidores y destructores de la auténtica formación, merece ser repensada y apoyada para que trascienda lugares y tiempos. Asistimos hoy a una de las mayores tragedias de nuestra sociedad: el abandono prematuro de los jóvenes maestros, llegando al 40% en algunos países europeos, según una reciente tesis defendida en Bélgica. Se trata del "primer problema moral de Europa", como lo bautizó y argumentó nuestro pensador-teólogo Olegario González de Cardedal. Aunque las causas que originan el problema sean múltiples, este merece un valiente diagnóstico y una decidida intervención, si es que queremos reconocer la trascendencia de la educación de hoy con visión de futuro. Para avanzar, solo doy unas pinceladas de la educación que podrían responder al humanismo, el cual puede responder a los desafíos del presente y del futuro:

- Una educación que empiece antes, preventiva y fundante.
- Una educación de calidad, con unos aprendizajes y valores en sabia armonía.
- Una educación que despierte el sentido de la vida.
- Una educación que forme en el sentido crítico, fruto de la policromía del pensamiento humano, en experiencia dialógica y confiada apertura al mundo.
- Una educación que enseñe a pensar, a descubrir la interioridad, la dimensión simbólica, espiritual y de abstracción.
- Una educación que forje la libertad y la autonomía en perfecta y coherente simbiosis.
- Una educación que experimente en la sana convivencia de cada día en las aulas la solidaridad, la eliminación de los prejuicios, la justicia, la paz y la ayuda a los más pobres y excluidos de nuestra sociedad.
- Una educación que prepare para seguir formándose y aprendiendo a lo largo de toda la vida.
- Una educación que despierte la dimensión religiosa, la trascendencia y el cuestionamiento de los temas más profundos del ser, que proponga la necesidad de vivencias positivas en el calor de las comunidades de sentido (familia, escuela, Iglesia), que permitan descubrir lo infinito desde la misericordia, la compasión, la fraternidad y la gratuidad.

Así, se impone la selección y la formación de los educadores. Una misión tan trascendente exige ser asumida con auténtica vocación y entrega absoluta, de lo contrario, se puede llegar a fracasar en una noble misión. Steiner y Ladjali (2003) nos recuerdan:

La amargura, la cruidad y la morosidad de los profesores mediocres es uno de los grandes crímenes de nuestra sociedad (p. 98). Ser educador es casi un martirio. Sin duda alguna, hay dificultades, sufrimientos, colapsos. En Inglaterra existe una fuerte ola de suicidios entre los enseñantes. No es un problema menor. Siempre he dicho a mis alumnos que con las pasiones no se negocia. (p. 94)

Hoy todo educador debe presentarse ante sus alumnos como referente de valores, por su testimonio personal: “Sócrates y Cristo son los arquetipos

del maestro” (p. 112). Todavía con mayor contundencia se expresó el papa Pablo VI sobre el valor del testimonio: “El hombre contemporáneo escucha de buena gana el testimonio de los maestros, y si escucha a los maestros, es porque son testigos”.

Hallamos hoy una doble tensión en el humanismo

- a) La humanización de lo divino: los filósofos de la sospecha pretenden desmantelar toda presencia de lo sagrado y trascendente en esta vida. “La religión no es sino la neurosis obsesiva de la humanidad”, sentenció Freud. El materialismo ateo quiere reducir toda la vida a la inmanencia, rechazando cualquier argumento que admita valores por encima de la existencia terrena. El amor y los ideales pertenecen al mundo de las relaciones humanas. Todo lo espiritual debe hacer referencia únicamente al lazo comunitarista entre los hombres. Esta visión del hombre-Dios, reducida a su mínima expresión en lo sagrado o en los valores, tiene su paradoja en el sentimiento de la vida moderna, con la importancia del comunitarismo, las relaciones humanas y los derechos humanos. Aunque despojada de todo sentido cristiano, la huella del valor de la persona queda perenne. La humanidad divinizada ha asumido el título de sujeto absoluto; reina el confusionismo entre materialistas, que necesitan mirar en lo hondo de los corazones, donde nacen las aspiraciones trascendentes más nobles.

- b) La divinización de los humanos: todos reconocemos que existen valores que están por encima de la vida material. Ante el eclipse de la fe y de la trascendencia vertical, el ser humano busca referentes imperecederos, que se le imponen, por su fuerza y valor, como entidades sublimes: divinidad, patria, razón, revolución. Una huella trascendente y sagrada invita al ser humano a elevar los ojos a un horizonte sublime. La problemática moral aparece en el mismo instante cuando un ser humano plantea valores sacrificiales, valores que son superiores a la vida. La moral surge cuando los principios parecen tan elevados, tan sagrados, que empezamos a considerar que valdría la pena arriesgar o incluso sacrificar la vida para defenderlo. El ejemplo patente de la sacralización de lo humano lo encontramos en

el libro *Un souvenir de Solferino*, de Henri Dunant, el fundador de la Cruz Roja, organización humanitaria a la que consagró su vida, a partir de la transformadora experiencia de los miles de heridos que agonizaban entre atroces sufrimientos, sin la menor ayuda ni asistencia de ningún tipo. Dunant, testigo aterrado de este panorama, bajó de la diligencia que le llevaba a un viaje de negocios y pasó 48 espantosas horas con las manos empapadas de sangre y acompañando a los moribundos. De esta experiencia extrajo una magnífica lección que sería el origen de esa auténtica revolución moral —la Cruz Roja—, que es ejemplo del humanitarismo contemporáneo. Nada más lejos, conviene recordar, de la aversión de Nietzsche a la idea de piedad, que le llevó a odiar toda forma de acción caritativa, sospechosa de huellas cristianas, hasta el extremo de llegar a saltar —literalmente— de alegría el día que se enteró de un terremoto en Niza o de que un ciclón había devastado las islas Fiyi (Ferry, 2007, p. 290).

Actitudes y compromiso del humanista cristiano, hoy

El teólogo José María González Ruiz, aunque coincidiera en algunos temas del existencialismo con Sartre e invitara a un diálogo abierto entre cristianos y marxistas, inició el debate clarificador con su tesis “El cristianismo no es un humanismo”. Se reprocha al existencialismo su quietismo y desesperación en las soluciones humanas. El hombre es el centro, el absoluto que queda atado a la inmanencia creadora del paraíso de este mundo, que no llega a transformar, desesperado como Sísifo (Camus). Mientras que González Ruiz presenta un concepto de religión más abierto y generoso, ya que la gratuidad de lo divino hace perder al creyente cualquier atisbo de prepotencia y le predispone a la apertura y diálogo con el otro, para amarlo y ayudarlo. En esta “otredad” conecta con los filósofos-teólogos personalistas: Levinas, Mounier, Paul Ricoeur, especialmente.

El cristianismo no puede encorsetarse ni reducirse a un simple humanismo. El paradigma cristiano rompe esquemas heredados (ley) y enfrenta un mundo de valores (amor), que tiene sus fundamentos y sus manifestaciones en la vida entregada a la compasión, gratuidad, misericordia. El cristianismo es fuego que

quemado, es revolución que enfrenta y divide, porque va más allá de las teorías filosóficas e idílicas que no comprometen ni implican a la persona (Luc. 12, 49-53). El cristiano, además de informado y culto, indignado y rebelde, debe ser un testigo y debe estar comprometido con la transformación del mundo, a ejemplo de su Maestro. Nos podemos preguntar: ¿cómo se siente hoy un humanista al contemplar un mundo desolado por guerras y violencia, con tres cuartas partes de la humanidad padeciendo hambre?

El malentendido esencial de la corriente humanista con la moral cristiana choca en el concepto de libertad, cerrada a la trascendencia y negando la propia verdad del hombre, que reside en deshumanizar al ser humano. El apóstol Pablo filosofa en la Carta de los Romanos (cap. VI) acerca del sentido de la esclavitud en la que cae el hombre cuando no se libera de las ataduras mundanas, en aras de la “esclavitud” de los hijos de Dios, iluminados por el mensaje de la Buena Noticia:

Si por humanismo entendemos la valoración del ser humano y la defensa de su dignidad, que incluye una dimensión trascendente, y por tanto un vacío por llenar y una necesidad de llegar a ser lo que todavía no es, ¿cómo la moral cristiana puede ser considerada contraria e incluso nefasta para el humanismo? (Espeja, 2012, p. 260)

Por el contrario, el humanismo ateo se sitúa en el extremo opuesto al cristiano: no hay humanismo más total, consecuente con sus criterios; dice André Comte Sponville: “El ateísmo es humanismo radical, un humanismo que no solamente sitúa al hombre en el centro de sus preocupaciones, sino que lo coloca el primero de sus valores”.

La formación teórica no basta; muchos sabios no han llegado a comprender el valor humanizador del conocimiento. El enfoque dialógico, cooperativo y compartido de la educación debe evitar que la cultura sea una abstracción. El acercamiento a las realidades humanas, en la trama de las interacciones diarias, y a las vivencias positivas de ayuda y solidaridad entre compañeros puede dar a la educación la trascendencia que deben tener las ideas para iluminar el sentido de nuestra existencia, compartida con los demás seres humanos.

Me queda plantear la cuestión más ardua de la teleología educativa: ¿qué persona queremos formar? ¿Qué perfil de persona queremos construir para afrontar con éxito el futuro de una sociedad incierta? En buena lógica, podríamos preguntarnos primero por el itinerario de la formación del formador, por la profesionalidad, la vocación y las funciones de los educadores de hoy. En la actualidad, los docentes no se consideran preparados para afrontar la compleja realidad de la educación para la juventud de hoy. El documento de la Sagrada Congregación para la Escuela Católica, *El laico católico, testigo de fe en la escuela* (1982, n.º 26-37), aporta criterios y rasgos definidores de la identidad del educador cristiano.

La cuestión espinosa de la educación de hoy está encerrada en el concepto de paradigma, de método, de resultado final a la ciencia de los objetivos. Siempre me ha parecido acertada la conjugación entre aprendizajes y valores, pero sin olvidar el reto que encierra esta opción: "La medida del valor al cual estoy adherido reside en la magnitud del sacrificio que estoy dispuesto a hacer por él" (Lavelle). El Concilio Vaticano II significó un cambio notable con su nueva orientación teológica y con relación al ateísmo, que todo humanista que se siente cristiano debiera asumir.

- a) En el cambio de orientación teológica destacamos estos tres aspectos:
- 1) cambio en la forma de mirar el mundo moderno: una visión positiva que pasa de la condena a la escucha; 2) apoyar la autonomía de las realidades seculares. La Iglesia debe situarse en el mundo no como poder, sino como signo y testimonio de la Buena Noticia de salvación, y 3) declarar su alianza decidida con el mundo en el tono más decidido y solemne: nada humano es ajeno a la Iglesia:

Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo: Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. (GS, 3)

Adopta una actitud de diálogo y discernimiento con el mundo moderno y sus problemas. Diálogo razón-fe, ciencia-evangelio, poniendo como base la dignidad de toda persona.

- b) No menos notable fue el cambio de postura y método del Vaticano II con relación al ateísmo: antes que atacar directa y apologeticamente el ateísmo, la declaración *Gaudium et Spes* hace su reflexión y plantea un interrogatorio a los cristianos. Si los ateos rechazan a Dios como contrario a la dignidad humana, tiene que haber algún equívoco y, por tanto, “el ateísmo debe ser objeto de serio y profundo examen”, pues hay quienes imaginan una divinidad por ellos rechazada “que nada tiene que ver con el Dios del Evangelio”. Aquí nuestra forma inadecuada de presentar el Evangelio y nuestra conducta han desfigurado el genuino rostro de Dios y de la religión. Por eso concluye lógicamente: “El remedio del ateísmo hay que buscarlo en la exposición adecuada de la doctrina y en la integridad de la vida de la Iglesia y de sus miembros” (Espeja, 2012, 94: GS, 17-21).

¿Con qué valores se construye el humanismo en tiempos inciertos?

Se ha puesto en tela de juicio la “educación en valores”: no se puede educar en valores, sino que los valores deben vivirse, experimentarse y saborearse. Esta primera nota nos recuerda a los educadores que nuestro influjo sobre el educando está condicionado más a nuestros ejemplos de vida que a nuestras palabras; en suma, que educamos más por lo que somos que por lo que decimos. Los valores no podemos imponerlos, sino tan solo proponerlos, ofrecerlos, para degustarlos, para que se transformen en forma de vida.

Educar es un camino de sentido, una experiencia de descubrimiento de aquello que la existencia tiene más valioso y enriquecedor para la vida de cada ser humano. La educación es, por tanto, un proceso humanizador, una ruta de interioridad y profundización sobre aquello que nos permite lograr una cosmovisión más profunda y coherente. Nos chocamos con la falta de fundamento de muchos prejuicios y de una carente filosofía axiológica que nos permita descubrir qué son, por qué y para qué sirven los valores. La transmisión de

valores queda estancada, si no obstruida, si antes de acercar a los alumnos a esa fuente de sentido, los educadores no hemos vivido y saboreado esos valores.

El camino de la educación en valores se hace difícil en una cultura despojada de rudimentos éticos y de una base reflexiva y espiritual; choca con la realidad social que nos envuelve y con la escala imperante de *antivalores postmodernos*: la exaltación del instante, el escepticismo ante los “metarrelatos” (Vattimo), la cultura del fragmento, el relativismo ético, el hedonismo, la falta de profundidad y el *carpe diem* acrítico e irreflexivo. Los valores no pueden echar hondas raíces si el ser humano no se abre a la sensibilidad de lo humano y a la profundidad intelectual, para ir en busca de la verdad, del sentido y de la responsabilidad a través de la reflexión. Los valores son el antídoto para la superficialidad y al nihilismo que invade nuestra cultura consumista y vacía.

Hemos encontrado un denodado esfuerzo por avanzar en la solución de los problemas del fracaso y de la frustración educativa, de la infelicidad, del abandono escolar e, incluso, del suicidio entre los adolescentes y jóvenes (Goleman, 2003). Los programas de intervención se orientaron primero hacia el desarrollo de habilidades de pensamiento, para enseñar a aprender y a pensar (Harvard, De Bono, Feuerstein, Lipman, etc.) y después han ido surgiendo otros para la “educación en la felicidad”, nacidos con el influjo del profesor Martin Seligman, desde una psicología positiva que lleve a desarrollar un pensamiento constructivo de la felicidad. Si bien hay que poner sobre aviso de que vivimos en una cultura que crea expectativas de conseguir la felicidad constantemente. Esto es lo que otros autores llaman la *tiranía de las actitudes positivas*, que nos inducen a la frustración y a la depresión. No menos trascendente es el trabajo del equipo de Harvard, divulgado por Daniel Goleman, sobre las emociones destructivas, en busca de las causas que nos arrastran a la infelicidad, intentando hallar la forma de educar en los valores, en la vida coherente y sin esclavitudes que lleven a la auténtica felicidad. Es un ejemplo de trabajo interdisciplinar de investigación de expertos, en torno al Dalay Lama y los monjes del Tibet, digno de tenerse en cuenta.

La historia de la axiología nos muestra los hallazgos que hoy pueden responder a nuestras preguntas de sentido. Dos autores —Scheler y Hartman— destacan

como representantes de la llamada filosofía del espíritu: “El espíritu es el único valor, el valor vivo y siempre en acto, árbitro y fuente de todos los valores”, afirmó Lavelle. La gran novedad de Max Scheler fue su afirmación de que “los valores son objetivos e independientes del sujeto”. En cuanto a Hartman, su mejor aporte fue la ley de la fuerza: los valores superiores dependen de los inferiores, pero no a la inversa. Autores españoles de la talla de Ortega, Zarragüeta y García Morente nos legaron un pensamiento humanista de primer orden: “No hay más progreso humano, llegará a afirmar García Morente, que el progreso en valores”.

Tal vez uno de los temas más críticos en la educación actual sea el de la formación de la conciencia. Esta, originariamente, establece una relación de conocimiento con la realidad, mediada por los adultos, el entorno cultural, los *mass media*, etc. Este conocimiento nos ayuda a descubrir dónde está el bien y dónde está el mal, lo que humaniza y lo que deshumaniza; manda lo que se debe aceptar y lo que se debe rechazar, porque destruye a la persona o priva de libertad. Finalmente, la conciencia juzga y discierne cuándo se ha hecho lo correcto y cuándo no: por eso da paz o interpela (remordimiento).

A continuación, presento la síntesis convergente entre los valores propuestos en el Congreso de Bagkok para la sociedad del siglo XXI y los aprendizajes destacados como los cuatro pilares de la educación en la comunidad europea (Delors), con la explicitación axiológica de Andy Hargreaves:

Valores para el siglo XXI (Bangkok 1982)	Aprendizajes: pilares de la educación (Delors)	Valores por cultivar y reforzar en la sociedad del conocimiento (Andy Hargreaves)
Respeto	Ser	Identidad-seguridad, integridad-madurez personal y profesional
Interioridad	Aprender	Carácter Memoria personal y colectiva
Solidaridad	Convivir	Comunidad-inclusión Identidad cosmopolita Simpatía-democracia
Creatividad	Hacer	Desempeño en la sociedad

Conclusión: ¿cuál debería ser la misión de los humanistas?

No aventuramos más fruto a nuestra reflexión compartida que dejar sentadas las líneas de acción, sugeridas en el terreno pedagógico. La respuesta más completa y abierta puede plantearse desde la noble misión del educador cristiano, que ejerce su impacto educador a través del ejemplo, de su testimonio de vida, de su profesionalidad, sabiendo hermanar ciencia y fe y entrega para ejercer su misión de acompañar a los más jóvenes, según enseña la Constitución *Gaudium et Spes* del Vaticano II: “Se puede pensar con toda razón que el porvenir de la humanidad está en manos de quienes sepan dar a las generaciones venideras razones para vivir y razones para esperar” (GS, 31).

La universidad tiene una misión irremplazable, aunque no llegue a forjar la plena formación humanista, pero sí a dejar las bases para una sana convivencia en paz. En las aulas podría mostrarse esta frase del preámbulo de la fundación de la Unesco, escrita sobre mármol blanco en su edificio de París: “Puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde hay que construir los baluartes de la paz”. La doctrina de los papas rezuma humanismo, y ha subrayado la inapelable solución del testimonio de la vida, auténtica forma de humanizar, que los jóvenes saben discernir. Pablo VI lo sintetizaba así: “Los jóvenes de hoy creen más a los testigos que a los maestros, y si creen a los maestros es porque son también testigos”.

Movernos en estas líneas de acción significa caminar hacia la construcción de la sociedad humanizadora y del conocimiento, donde el humanista tiene una función de liderazgo, oteando el horizonte de los valores de una vida digna, más justa y libre. Una vida donde los derechos humanos estén garantizados para todos, en la cual los intentos de transformación de la sociedad se sienten sobre los pilares de una educación de calidad para todos y donde no exista la exclusión ni la marginación. Esto con la confianza de que las ideas compartidas no queden en teorías utópicas, sino en compromiso de educadores convencidos de que toda acción debe estar bien orientada por criterios nobles y cimentados en principios humanizadores.

Si en realidad queremos construir un mundo en paz, es necesario trabajar por la instauración de la justicia y por eliminar las desigualdades, por medio de una educación integral para todos:

Nuestro oficio de profesor, cualquiera que sea el nivel, puede ser agotador, decepcionante. Puede provocarnos una terrible acritud, pero hay una recompensa suprema, que es reencontrar alumnos más dotados que nosotros mismos, que van a progresar y superarse a sí mismos, que van a crear obras que los próximos docentes van a enseñar. Esto me ha ocurrido cuatro veces en la vida. Os lo prometo, esto es una inmensa recompensa. Ser educador es una vocación absoluta. No hay que olvidar jamás que pertenezco a un pasado, a una cultura en la que la palabra rabonim, no significa sacerdote u hombre sagrado. Es la palabra modesta para decir "profesor". Un rabonim es sencillamente un profesor, y puede ser la profesión que nos haga sentirnos más orgullosos y, al mismo tiempo, la más humilde. (p. 136)

Bibliografía

- Changeux, J. P. y Ricoeur, P. (1998). *Lo que nos hace pensar*. Barcelona: Península.
- Charpak, G. y Omnès, R. (2005). *Sed sabios, convertíos en profetas*. Barcelona: Anagrama.
- Claxton, G. (2001). *Educación mentes curiosas. El reto de la ciencia en la escuela*. Madrid: Antonio Machado.
- Delors, J. (1996). *La educación encierra un tesoro*. Madrid: Santillana, Unesco.
- Doidge, N. (2008). *Les étonnants pouvoirs de transformation du cerveau. Guérir grâce à la neuroplasticité*. Belfond.
- Durkheim, E. (1980). *Éducation et sociologie*. París: Presses Universitaires De France (PUF).
- Espeja, J. (2012). *A los 50 años del Concilio. Camino abierto para el siglo XXI*. Madrid: San Pablo.
- Esteve, J. M. (2003). *La tercera revolución educativa*. Barcelona: Paidós.
- Faure, E., Herrera, F., Kaddoura, A.-R., Lopes, H. et al. (1973). *Aprender a ser*. Madrid: Alianza, Unesco.
- Ferry, L. (2007). *Aprender a vivir. Filosofía para mentes jóvenes*. Madrid: Taurus.

- Ferry, L. y Jerphagnon, L. (2009). *La tentation du christianisme*. París: Livre de Poche.
- Feuerstein, R. y Spire, A. (2006). *La pédagogie à visage humain*. Paris: Le bord de l'eau.
- Gardner, H. (2005). *Las cinco mentes del futuro*. Barcelona: Paidós.
- Goleman, D. (2003). *Las emociones destructivas*. Bogotá: Vergara.
- González, O. (2004). *Educación y educadores. El primer problema moral de Europa*. Madrid: PPC.
- Guillon, J. (2001). *El trabajo intelectual*. Madrid: MCC-DERSA.
- Hargreaves, A. (2003). *Teaching in the knowledge society*. Maidenhead: Oxford University Press.
- Ibernón, F. (Coord.). *La educación en el siglo XXI. Los retos del futuro inmediato*. Barcelona: Graó.
- Lipman, M. (1992). *La filosofía en el aula*. Madrid: De la Torre.
- Lubac, H. (1998). *Le drame de l'humanisme athée*. París: Cerf.
- Maclure, S. y Davis, P. (1991). *Learning to think: Thinking to learn*. Londres: Pergamon OECD.
- Morin, E. (2001). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Barcelona: Paidós.
- Morin, E. (2004). *La Méthode 6: Éthique*. París: Seuil.
- Poupard, P. (1997). *Dios y la libertad: una propuesta para la cultura moderna*. Valencia: Edicep.
- Rey, B., Khan, S., Carette, V. y Defrance, A. (2006). *Les compétences à l'école*. Bruxelles: De Boeck.
- Rifkin, J. (2011). *La tercera revolución industrial*. Barcelona: Paidós.
- Steiner, G. y Ladjali, C. (2003). *Eloge de la transmission*. París: Albin Michel.
- Tébar, L. (2008). *El profesor mediador del aprendizaje*. Bogotá: Magisterio.
- Tébar, L. (2011). *O perfil do professor mediador. Pedagogia da mediação*. São Paulo: Senac.
- Unesco. (2005). *Hacia las sociedades del conocimiento*. Paris: autor.